



www.loqueleo.com/es

© 2017, Carlota Echevarría

© 2017, Adolfo Serra

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-252-1

Depósito legal: M-814-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: julio de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un tritón en la mochila

Carlota Echevarría

Ilustraciones de Adolfo Serra

loquele_o

*Para mi abuela Meme,
con quien comparto el amor
por los libros.*

Quizá hayas oído hablar de mi padre: se llama Fernando Sáez Souto y es, según las noticias, el hombre que resolvió el misterio de las pirámides.

7

Ha salido en la tele, en periódicos y en revistas. A veces le llaman para dar conferencias y, si tiene que viajar a otra ciudad, nos invitan también a mi madre y a mí, que nos vamos de vacaciones gratis.

Vale, reconozco que eso no es tan habitual. Por ahora, solo ha pasado una vez: cuando nos fuimos a Madrid a la fiesta de la revista *Planeta Tierra*, el verano pasado. Pero ese viaje valió por diez.

Para empezar, yo estaba muy contento porque habían dejado venir a Teo, mi mejor amigo. Teo había entrado en el colegio ese año, pero ya era como si nos conociésemos de toda la vida.

8 Recuerdo la sensación de estar en el coche, esperando frente al portal de Teo con la ventanilla bajada. Entraba aire fresco y la ciudad estaba tranquila. Era el primer jueves de julio y teníamos todas las vacaciones por delante.

—¡Hola, Marcos! —me saludó Teo al entrar en el coche—. ¡Hola, Blanca! ¡Hola, Fernando! Mis padres me han pedido que os dé las gracias otra vez. Y dicen que han visto la entrevista en el dominical y que vaya éxito y que enhorabuena.

Mi padre se rio y le dio las gracias. Se notaba que Teo estaba tan entusiasmado como yo.



Supongo que te estarás preguntando por qué se ha hecho famoso mi padre, en qué consiste exactamente «resolver el misterio de las pirámides». En este caso no tiene que ver con tesoros, cámaras funerarias o joyas malditas, sino con la construcción de las pirámides. Hoy día no sería tan difícil construirlas con la ayuda de poleas, motores, grúas, programas de ordenador... Pero los egipcios no tenían nada de eso.

Nada. Ni siquiera poleas. En la época del faraón Keops no conocían ni la rueda. Movían las piedras en trineos, y eso ya les debía de parecer tecnología punta.

Me imagino cómo serían los supermercados actuales si los carritos no tuviesen ruedas. Pondríamos la compra en trineos como los de los egipcios y tiraríamos de un par de cuerdas para moverlos.

Uno de los motivos por los que mi padre está teniendo tanto éxito es porque lo explica todo mejor que nadie. Aunque no sepas nada de Egipto, si te lo cuenta él, te enteras perfectamente. A mí siempre se me olvida explicar algunas cosas porque no sé qué parte conoce todo el mundo y cuál tengo que contar. Por ejemplo, no he dicho que Keops vivió hace 4.500 años y su pirámide es la mayor que se construyó nunca. Seguro que has visto la típica foto de Egipto con tres pirámides muy juntas: son la de Keops, la de Kefrén y la de Micerinos. En ese momento, hacer pirámides estaba muy de moda: en cuanto terminaban una, se ponían con la siguiente. Pero, después, los egipcios vivieron una crisis y durante muchos años estuvieron demasiado ocupados en sobrevivir como para ponerse a construir nada.

Eso de la moda es una forma de hablar. Si me oyese mi padre, me echaría en cara la falta de rigor. *Rigor* es su palabra favorita.

No creo que haya ningún padre en el mundo que la use tanto como el mío, en serio.

Rigor, rigor, rigor.

12 Pero en aquel momento yo no estaba pensando en las pirámides, ni en la rueda, ni mucho menos en el rigor histórico, porque Teo quería que jugásemos a algo.

—¿Los camiones amarillos valen dos y los demás, uno?

Y, como aquel día mi vida era insuperable, ese juego me pareció lo más.

—Vale, pero *al verres* —propuse.

Al verres es *al revés* dicho al revés. Bueno, en realidad no, pero supongo que al que se le ocurrió no se dio cuenta de que lo había deletreado mal, y una vez te acostumbras a decir *al verres* es imposible cambiarlo.

Lo usamos como palabra clave para entrar y salir del mundo al revés. Cuando uno de los dos dice *al verres*, las normas se invierten, y cuando alguien dice *al verres* otra vez, volvemos a las normas del principio.

—¡Dos! —gritó Teo porque había visto un camión que no era amarillo.

13

Me pegué a la ventanilla y enseguida detecté un par de camiones en la distancia.

Después de un rato, cuando Teo llevaba veinte puntos y yo veintidós, dijo:

—¡*Al verres*! —Y volvimos a las normas originales. La gracia es decir *al verres* muchas veces seguidas para despistar al contrario.

Mi madre me miró por el espejo del asiento del copiloto.

—Si dejáis de gritar, juego con vosotros.

Eso me recordó otra cosa que me había dicho antes de que llegase Teo.

—¿Sabes qué? ¡Mi madre nos va a llevar al Parque de Atracciones o a donde queramos!

Teo tiene los ojos grandes y redondos, y cuando pone cara de sorpresa o de entusiasmo, se vuelven aún más grandes y más redondos.

14

—¡¡Siempre he querido ir al Parque de Atracciones!!

—¡¡Yo también!!

Teo dio un saltito de alegría, que quedó reprimido por el cinturón de seguridad.

—¿Y si no, adónde? ¿Qué es «donde queramos»?

—Podríamos ir al Zoo —dijo mi madre—. O a un museo. El arqueológico, por ejemplo.

Teo y yo nos miramos. Seguro que el arqueológico estaba genial, pero los dos teníamos claro qué preferíamos.

—¡Vamos a ir al Parque de Atracciones!
—grité.

Y Teo dijo, casi a la vez:

—¡Al Parque de Atracciones!

Pero hablar del Zoo me había hecho pensar en otra cosa. En un secreto. Aunque mis padres no lo sabían, en el asiento de atrás no íbamos solo Teo y yo.

15

Había otro motivo por el que quería ir a Madrid, algo que para mí era tan importante como la conferencia sobre las pirámides para mi padre.